



PARA NOMBRAR A UNA MUJER

BENITO IRADY

ayer estuvo aquí el morenito del periódico, quería que le hablara de la fundación de este pueblo de que si conocí la primera iglesia que hicieron de que si es cierto que antes la misa se daba en la calle de que si llegué sola de que si eso fue en el treinta y tres o en el treinta y cuatro de que si yo era comerciante, tú has visto, qué comerciante voy a ser le dije, tú sabes bien que toda mi vida he sido puta y vine aquí como puta cuando no había mujeres y sigo como puta, total, que no quise darle ninguna información y lo despaché, lo mandé para la casa de Jeño que le gusta aparecer declarando y diciendo que él fue el primer hombre que puso pie sobre un taladro aquí en oriente y qué caray lo importante es que tú has venido porque quiero hablarte de algo que nunca había tocado pero que a tí te interesa y a mí también yo sé que siempre has tenido reservas, tus sospechas, y a lo mejor por saber como me afectó la muerte del flaco nunca te atreviste a preguntarme nada, te acuerdas de la primera asamblea de obreros que se hizo aquí, bueno, y te acuerdas de aquel coriano que llamaban el pájaro, por lo avisado que era, uno trigueño él, medio gordo, que se fue de aquí nadie supo cuando, bueno, te acuerdas, ese fue el famoso negro Golindano, ese carajo empezó como mosquito en el Zulia y lo mandaron para acá cuando la vaina estaba tomando calor, cuando sospecharon que el flaco definitivamente iba a formar un sindicato, a abrirle conciencia a tanto cristiano jodío que llegó aquí a dejar que le chuparan la sangre, y ese carajo fue el que mató al flaco, él mismo, pero déjame contarte, ya yo tenía cinco años fuera, estaba trabajando en Bolívar, tú sabes, la estrella se llamaba el negocio, en esos días iban a inaugurar unas vainas, carreteras y tal y una gente pesada venía de Cara-

cas, hasta un ministro, era un día sábado, serían las cinco de la tarde cuando me levanté, entré al botiquín y estaban en la barra tres tipos, al mirarlos capté inmediatamente que había llegado con el bululú ese, corte de cepillo, dos de ellos llevaban bigotes, el otro no, al más alto de todos la cara le brillaba, era trigueño, los dientes sucios, marrones y esto aquí atrás, el cogote como un toro, no me hacía falta ninguna otra seña para saber que eran policías, me lo confirmó el bulto del revólver que llevaban al costado, ¡papacito!, me dijo que te pasa jefe civil, le respondí y los tres riéndose celebraron la vaina, ¡una soda!, le pedí al colombiano de la barra, ¡ahí tienes negro, tetona como a tí te gusta!, le dijeron al que no tenía bigotes, el tal negro me llama, yo me acerco, me pone una mano en las nalgas, yo me quedo quieta, el más borracho de todos me dice, no has oído hablar del negro Golindano y suelta la risa, y me entra un frío por todo el cuerpo, porque a la vez que me imagino la vaina estoy dándome cuenta que el coriano ese que llamaban el pájaro es el tal negro, más gordo y cambiado, ¡No! le digo, y tú, le pregunto, se ríen el negro y el otro, el borracho entonces me vuelve a decir, ¡ten cuidado entonces, porque el negro Golindano ya empezó por agarrarte el culo! casi se cagan de la risa los tres, ¡dame un bolívar para la rocola!, le digo, y el negro me da dos pesetas, yo no sé ni qué marqué, estaba asustada, sabiendo la historia del perro de mierda ese y reconociendo que era el coriano quién no se asusta, pero cuando me paré ahí en la rocola, cuando me paré se me vino a la mente el flaco, coño, y me entró un calorcito y una arrechera chiquitica me fue subiendo, me fue subiendo ¡coño!, dije, aquí tengo que enterarme de unas cuantas vainas y me vine de nuevo a la barra, ¡ustedes vinieron con el ministro para lo de mañana!, el negro me responde ¡con ministros y sin ministros siempre venimos!, a este lo pongo a bailar carajo, decía yo entre mí, ¡tome brandy, mi teniente!, eso es lo que asienta bien a

hombres de la talla de usted!, le dije ¡déjeme que yo mismo se lo sirva! con la cabeza me dijo que sí, pero me lo decía y ya me empujaba para la cama con esos ojos de gato que tenía, eran unos ojos amarillos, yo no sé, era una vaina que metía miedo y me alzé en la barra, el brandy vino pero bien preparado, tenía tiempo que no sabía lo que era hacer una vaina de esas, y ahí le va mi teniente, ¡aquí tiene mi jefe! y hay que bailar, y bailamos, qué carajo, y le gustó al hombre aunque no sabía bailar nada y en la cama lo puse suavcito y yo al baño carajo y me encomiendo al todopoderoso.

por san marcos de león que amansa la draga y el dragón los toros bravos del monte así te pido san marcos de león que amansas el corazón de este hombre que venga a mí san marcos de león delante de tí vengo y tengo el lápiz con que tú escribes y el sagrado poder que tú posees así te pido que humilles ante mí a este hombre que yo pueda dobligar su mente que se confiase ante mí que se entregue a mis preguntas que se caiga a mi lado y yo pueda disponer de su vida que se arrastre si quiero que vuele si deseo ponerlo a volar que desaparezca si es de esconderlo y que se pierda dormido para el resto de los siglos de los siglos san marcos de león que tu voz sea mi voz y tu poder el mío.

entonces lo jalo bien jalao.

¡te acuerdas de Luis González, negro, el sindicalista que llamaban el flaco, el que vino a armar vaina en la petrolera, el que nunca encontraron, el de un ocho de septiembre, te acuerdas negro!

“un hombre como yo era el indicado para esas vainas, me mandaron a llamar de Barcelona. fui allá y lo encontré vuelto mierda, ya le habían dado muchos coñazos y después una encerrona sin comida, en un hueco de un metro, donde había que estar encogido, maldiciéndose uno mismo y sin nada con que matarse porque a las cuevas no se deja meter ningún preso con nada en las manos, es

desnudito que van, conforme los trajo dios al mundo, yo tenía cierta compasión porque no sé qué me decía que ese carajo me iba a enmabitar que me iba a pasar alguna vaina si lo peinaba y es que el número veintinueve, yo no sé, es como un presentimiento con él iba a completar veintinueve trabajos, mes de septiembre, mes nueve, y aquel día del traslado, para más vaina era diecinueve de septiembre, nueve por todas partes, lo pensé bien y me dije, qué va, yo ordeno, pero que lo ejecute otro, entonces me llevé al chingo y al viejo Bermúdez, y vámonos, métnalo en la maleta del carro, y ahora sí, a matar dos pájaros de un tiro, a la casa de Eliseo Mata, que a este se las vengo contando desde hace años, y en tres horas de camino, mitad carretera mala, mitad buena, llegamos, y Eliseo con la mujer y una indiecita como de quince años que me clavé con ganas y después se la pasaron Bermúdez y el chingo junto con la mujer, ese chingo como gozó esa noche, seguimos camino hasta la mesa, la noche estaba quieta en aquella sabana cómplice de nosotros, Eliseo se nos fue corriendo y hubo que darle sus cuantos coñazos para tranquilizarlo, creo que le partimos el hígado porque quedó vomitando una vaina verde, negra, hasta que perdió el sentido, el flaco ese que tú mientas estaba más muerto que vivo también sin sentido yo creo de verdad que lo traíamos muerto, a lo mejor se nos afixó en el carro, total que a enterrar a esos carajos y nos fuimos a un pozo que ya habíamos visto antes no sé si de ahí pensaban sacar agua o petróleo, pero habían empezado a perforarlo y no siguieron, entre el chingo y Bermúdez cargaron primero al flaco ese y chupulún, nojoda, más atrás Eliseo y listo, al otro día la misma petrolera mandó a rellenar esa vaina, yo como te dije no le puse ni un dedo encima, de esa vaina ya hace seis años y quién adivina, se pudrieron ahí dentro se volvieron petróleo no se llegó a saber nada, nada de nada aparte del informe que entregamos, y no me pasó nada con el nueve, para que veas, lo que pasó fue

que dejé ese trabajito este negocio de que a uno lo estén llamando de una parte a otra del país para los encargos no es muy bueno, siempre se llegan a filtrar las vainas, y uno, quieras o no tiene familia, completé treinta, a la mitad del tiempo ya me había acostumbrado, del primero al último Luis González me acuerdo clarito”.

yo recogí mi vestido, mi plata, me pinté la boca, salí de la pieza y dejé al negro Golindano sin marcas, sin heridas, sin disparos, sin el coñazo y el miedo que le metieron al flaco, lo dejé con los ojos pegados del techo raso como buscando un lugar donde escupir todo el veneno que tragó esa noche del ministro.